

PINCELADAS DE BASCONIA



EL FERROCARRIL DEL MONTE ULÍA

Si nos eleváramos en la poesía, hasta las inacabables regiones de lo infinito, y reprodujéramos en el lienzo las producciones de las inspiraciones más geniales; si la melodía del canto del ruiseñor nos tradujera en palabras las inimitables bellezas de la naturaleza; si reverberando los crepúsculos constituyeran la atención de las miras de todo el universo; si una lluvia de brillante hojarasca cual anchurosas láminas de oro cayera de todos los álamos y cubriera todas las montañas del mundo; y si todo esto se trasladara de lo ideal y fantástico á lo real y visible, y distribuido de la manera más armoniosa lo contemplase extasiado el hombre, todavía sería poco, todavía sería una pintura mate; todavía parecería un débil reflejo; todavía resultaría un espejo empañado; todavía el canto de la belleza surgiría débil; todavía los cielos tendrían que prestar ayuda á la naturaleza, para contemplar un panorama más grandioso, más ideal, con más enloquecedoras maravillas, con más aparición de lo sublime que cuanto se abarca y hasta parece que se besa desde el enramado balcón del monte Ulía.

¡Oh! Subid en los elegantes coches que movidos por la electricidad se deslizan cual yemas de dedos sobre finísima seda, por sus admirablemente asentadas vías y contemplaréis el hermoso follaje que dorna sus arboledas, juntamente con las mil yerbas que crecen á sus arrullos; allá abajo aparecen encantadores *chalets* y palacios de variados estilos arquitectónicos, teniendo por ancha y elegante alfombra la carretera de Pasajes y como envueltos en bordada gasa azul por los montes laterales, donde nacen á manera de nidales de ruiseñores multitud de

caseríos y quintas rústicas. Se divisan á simple vista interminables cordilleras de montañas entre las que se hallan Larun, Aya ó Peña Plata, Urdaburu, Santiagomendi, San Marcos, Choritokieta, Landarbaso, Mendizorrotz, Adarra, Buruntza, Arratsain, Igueldo, Santa Bárbara, Oriamendi, etc., casi todas enlazadas por medio de caminos y veredas, en bello desorden de árboles, teniendo por base inmensidad de terrenos labrantes y tocando con sus piramidales puntas los labios del firmamento.

Pero cada vez se hace más interesante el cuadro, cada vez se baña la vista en más luces multicolores, y abandonandola hermosura de los montes, aparece la cincelada escultura de «La Bella Easo», hermosa, festiva, cubierta de aterciopelada túnica, rodeada de caprichosos jardines, y coronada con su ferrocarril de Ulía, verdadera joya, regalo del amor de sus hijos.

Pero dejemos los eléctricos coches que conducen á numerosos viajeros y recorriendo la magnífica explanada, á la que rodea un largo balcón, veremos construido el edificio-hotel que con todas las comodidades que exige el moderno *confort* se halla rodeado de rústicas y artísticas sillas, de kioskos, de comodidades sin cuento: de un sin fin de bancos, de fuentes que lanzan agua por los aires, de paseos y caminos combinados, de nutridos pinares, de prados artificiales, de robles, de acacias, de encinos y de una brisa tan amable y pródiga que á todas horas regala salud y vida. Apenas hay algo comparable con este cielo terrenal, y más si se añade que en todos los servicios existe un personal idóneo y elegantemente uniformado.

Allá lejos, al terminar el camino más largo y ancho de los que en la cumbre hay, es necesario recostarse en la peña que dicen llamarse del Águila, ante aquella sublime majestad que nos presenta la obra del Creador. ¿Qué se ve? ¿Qué se distingue? ¡Ah! Es imposible que la imaginación pueda encontrar palabras con qué expresar las bellezas que contiene aquella producción de las manos del Dios del Sinaí. Tres cuadros, tres objetos; el mar, los montes y los cielos, pero en una extensión tal, de tal manera grandes é incomparables, que únicamente los espíritus puros, los ángeles acertarían á desenvolver la poesía que encierran.

Los dos grandes, los dos colosos, los dos señores de la naturaleza, cielos y mar, rodeados por inmensas cordilleras de montañas. ¡Grandiosa y elocuentísima inmensidad que el hombre puede contemplar!

Su vista es ideal, su cuadro fascinador, su contenido electriza, su belleza eleva á lo sublime; no exagero nada: tal es el panorama del Ulía.

Desde las alturas, dirígese la vista hácia el Oriente ú Occidente; al Septentrión ó al Mediodía y en todas partes, en todas direcciones la naturaleza se presenta espléndida. La Confederación Helvética, Alemania, Francia y otras naciones abundan en ferrocarriles como el de Ulía, pero ninguno de ellos contiene en tan poco trayecto cuadros de tantas ilusiones, bellezas y encantos.

Sus autores: es justo que no sólo se les nombre con entusiasmo, sino que sus nombres aparecieran esculpidos en aquella peña del Águila, antes citada: D. Ramón Elósegui, D. Alberto Machimbarrena, don José Gaytán de Ayala y D. Marino Tabuyo.

Euskaria les debe una joya. San Sebastián parte de su vida.

ADRIÁN DE LOYARTE.

EL CIEGO

Quien puede ver me dice que el cielo tiene estrellas,
como si fuera ingente, tersísimo fanal,
reflejo de infinitas eléctricas centellas
que fúlgidas surgiesen de pila colosal.

Me dicen que de día la tierra se ilumina
y con la luz se viste de vida y de color,
que cuando el sol rendido con majestad declina,
empiezan con la noche las horas del amor.

Me pintan arcos-iris, crepúsculos, celajes
el nimbo de la luna las nubes al rasgar,
la espuma que vomitan rugientes oleajes,
los matizados campos, la inmensidad del mar.

Prodigios me refieren de flores y de plantas,
de huertos y vergeles que invitan al placer,
sin reparar acaso que maravillas tantas
el alma me torturan por no poderlas ver.